

BARRUNTANDO LO ESENCIAL REFLEXIONES EN TORNO A LA “TERCERA EDAD”

Carlos Domínguez Morano sj

Sumario: La tercera edad representa un sector de la población cada vez más amplio en nuestras sociedades occidentales. Por otra parte, la dinámica social imperante puede conducir fácilmente a su marginación o, cuando menos, a la minusvaloración de esta etapa del ciclo vital. El peligro es que este estado de cosas dificulte la toma de conciencia de las posibilidades y oportunidades que este periodo de la vida ofrece. Es una etapa en la que, a través de unos obligados duelos y de una particular tendencia a la interiorización, se puede alcanzar una acabada integración de la personalidad. Desde ella, y con una mayor conciencia de la cercanía de la muerte, se hace posible una singular plenitud de vida y un “barruntar lo esencial” en lo que podríamos llamar experiencia mística.

Palabras clave: Tercera edad, envejecer, integración, experiencia de fe.

Summary: Old age (Third Age), represents a sector of the population each time wider in our Western societies. On the other hand, the prevailing social dynamics, may easily lead to its marginalization, or, at least, to the devaluation of this stage of the vital cycle. The danger is that this state of things may hinder our becoming aware of the possibilities and opportunities that this period of life offers. It is a stage in which, through the compulsory mournings and through a particular tendency to the interiorization, one may reach to a perfect integration of the personality. From it, and with a greater awareness of the nearness of death, a unique fullness of life becomes possible, and one “conjecturing of the essential” in what we might call a mystic experience.

Key words: Third Age, getting old, integration, faith experience.

Fecha de recepción: 12 abril de 2013

Fecha de aceptación y versión final: 28 mayo de 2013

1. La frontera de la vejez

Sería para preguntarse cuántos eventuales lectores de estas páginas que tuvieran 65 años lo harían con el objetivo de informarse sobre su propia realidad personal o sobre la de otros en cuya situación no se vieran directamente concernidos. Es decir, si con esa edad, ellos se identifican o no dentro ya de la llamada “tercera edad”. El autor confiesa que, con 66 años al comenzar a preparar el tema, lo hizo del segundo modo, como quien estudia algo que aún no le concierne. La tarea, por ello, le supuso un buen ejercicio terapéutico en el enfrentamiento de su propia realidad. El caso es frecuente.

Según algunos estudios, tan sólo el 20% de los sexagenarios y el 51% de los septuagenarios se califican a sí mismos de “viejos”, cosa que tan sólo tiene lugar cuando se entra en la década de los 80.

Pero el hecho es que la OMS, la autoridad directiva y coordinadora de la acción sanitaria en el sistema de las Naciones Unidas, considera la tercera edad como la etapa del ciclo vital que se inicia con esos años. Frente a esta opción, digamos “oficial”, es evidente que la delimitación del inicio de la vejez (si evitamos además el eufemismo de “tercera edad” o, más aún, el de “segunda adultez”) plantea problemas y que los criterios que se utilizan para dicha determinación están sujetos a variables muy determinantes, pero cambiantes, tanto de orden biológico, como psicológico y sociocultural¹. Todos conocemos hombres viejos de 55 y hombres maduros de 70.

Un dato, sin duda relevante, pero también sujeto a fluctuaciones como estamos viendo en la actual crisis económica, es el de la jubilación que, sin duda, señala un antes y un después en el dinamismo global de la persona. A esa edad, no obstante, es frecuente encontrar personas en muy buen estado de salud y todavía llenas de vida y potencialidad. El alargamiento y mejora de las condiciones de vida juega también como un factor que relativiza de modo importante nuestra idea de la vejez y que obliga a repensar las diversas etapas del ciclo vital². De ahí que ya se comience a hablar también de “cuarta edad” para diferenciarla de la anterior, situándola en el período, cada vez más extenso, de personas que superan los 80 años.

2. Juicios y prejuicios

Todo un amplio conjunto de factores juegan, sin duda, en el modo en que se asuma y se viva este período de la vida. Entre ellos, el factor social juega de un modo relevante. La idea que se tenga sobre la vejez en el propio grupo social, la valoración o minusvaloración de la misma, los juicios, prejuicios y estereotipos que pesen sobre esta etapa de la vida juegan un papel decisivo a la hora de afrontarla y vivirla. Calificativos que son frecuentes sobre los viejos como precavidos, rígidos, irritables, olvidadizos, como también, pacientes, serenos, sabios, etc., responden con frecuencia a toda una mitología sobre la vejez que debería ser cuestionada³.

Un hecho de importancia, a tener en consideración, sobre la imagen social de las personas mayores es la influencia que ejerce sobre ella el carácter mercantilista que se nos impone en nuestra sociedad occidental. Hasta como países parece que tenemos que ofertarnos en el mercado en esa reducción de la identidad a la “marca” (“marca España”

¹ La OMS sitúa la edad media entre 45-59, la edad avanzada entre 60-74, la ancianidad de 75-90. Se suele hablar de tercera edad a partir de los 65, y de cuarta edad a partir de los 80.

² En el periodo de 1719-1749 la edad media se situaba en 22,8 años, mientras que hoy en nuestro país sobrepasa la de los 80.

³ Cf. R. PANIAGUA FERNÁNDEZ, “Reflexiones acerca de los mayores. Sombras y luces de una realidad”: *Sal Terrae* 94 (2006) 175-187.

de la que tanto se habla). Y la “marca tercera edad” –hay que reconocerlo– no cotiza al alza en nuestros mercados. La razón es bien sencilla: el viejo, al no ser un sujeto relevante de producción ni de consumo, los dos ejes esenciales de nuestro sistema, queda excluido de la dinámica social imperante. Si a eso le añadimos el “juvenismo” que, acorde con el narcisismo posmoderno (y los intereses del mercado), glorifica el cuerpo y la juventud, todo desemboca fácilmente en una consideración negativa de la vejez. Una consideración negativa, por lo demás, que viene a añadirse a la que ya durante siglos caracterizó a nuestra cultura occidental desde los autores clásicos, excepción hecha de Platón o Cicerón⁴.

Frente a los prejuicios, no debemos olvidar que esta misma cultura occidental se ha enriquecido con aportaciones sustanciales de los ancianos, sin las cuales ella misma no se entendería. Recordemos algunas de las más significativas: Goethe acaba el Fausto a los 82 años, Cervantes finaliza Don Quijote a los 78, Lamarck a los 80 pone punto final a su Historia natural. Tiziano a los 98 años pinta La batalla de Lepanto y La piedad, Verdi compone Falstaff a los 80 años, Haendel a los 72 El triunfo del tiempo, Freud a los 74 escribe El malestar en la cultura y a los 82 Moisés y la religión monoteísta... Se podrían señalar otros muchos, como también a nuestro recientemente fallecido José Luis Sampedro, viejo rebelde e “indignado”, que supo regalarnos además esa joya sobre la vejez que fue su preciosa novela La sonrisa etrusca.

Culturas de otros tiempos y otras latitudes guardaron, sin embargo, una notable estima del viejo y le hicieron merecedor de ocupar puestos de particular relevancia en su entramado social. El arquetipo junguiano del “viejo sabio” parecía así encontrar un espacio saludable en esos grupos del que todos, viejos y jóvenes, se beneficiaban. Pero por lo que son los avatares sociales, hoy en día, en esta cultura nuestra que tan poca consideración guardó a veces con sus viejos, vuelven las personas mayores a jugar un papel de consideración en el entramado social. La brutal crisis económica que padecemos ha traído consigo que sean ellos los que vengán a desempeñar un papel fundamental como colchón y sostén económico para muchos hijos y nietos que han venido a encontrarse en una situación de precariedad. La figura del “yayo flauta”, personas de tercera edad que vinieron a organizarse a raíz del movimiento del 15 M⁵, son una expresión más del naciente protagonismo de una tercera edad que no se conforma con el papel de mero agente pasivo en la vida social.

3. Inevitables pérdidas

El camino de la maduración humana se va realizando inevitable e inexorablemente a través de una serie de pérdidas que estamos llamados a elaborar como condi-

⁴ Platón y Aristóteles, en efecto, representan dos posiciones antagónicas sobre la vejez. Sus ideas han sido mantenidas hasta la segunda mitad del siglo XX que es cuando los científicos, motivados por la aparición de una población notablemente envejecida tras las dos guerras mundiales, acometen una investigación a fondo sobre la vejez. Cf. M^a C. CARBAJO VÉLEZ, “Historia de la vejez”: *Ensayos* 18 (2008) 237-254.

⁵ Este movimiento empieza medio en broma, tras las declaraciones de Esperanza Aguirre llamando a un grupo de jóvenes del 15-M ‘perro-flautas’. A partir de este momento estas personas mayores se organizan y deciden que tienen que agruparse y movilizarse en una lucha en favor de la sanidad, la vivienda y el transporte público.

ción sine qua non para abrirnos a nuevas posibilidades de crecimiento. Desde la primera pérdida, la del seno materno, estamos convocados a elaborar toda una larga serie de duelos para dejar paso a nuevos estadios del desarrollo: el pecho materno, la pretendida atención exclusiva de las figuras parentales, las fantasías infantiles de omnipotencia, los idealismos adolescentes y de juventud, etc. Y será la fijación y resistencia a dar por perdido lo que perdido está lo que supondrá, sin duda, la más seria dificultad para seguir avanzando en el proceso de maduración, cuando no el origen de serios conflictos psíquicos, a veces de difícil resolución. Madurar, en buena medida, equivale a disponer de capacidad para ir elaborando duelos y despedidas.

Pero existen etapas en las que esta elaboración de pérdidas parece comportar particular importancia. Y, sin duda, la de la tercera edad es una de ellas. De su conveniente elaboración va a depender en muy buena medida el modo en el que este periodo de la vida sea asumido y vivido como una nueva posibilidad de crecimiento o que se convierta en el comienzo de un deterioro generalizado y en una fuente de amargura y resentimiento con la vida.

Y, sin duda, una de las pérdidas más palpables y difíciles es la que tiene lugar a ese nivel primero y primario que es el de nuestra corporalidad. Todos los estudios confluyen en señalar el desgaste que el organismo va mostrando en este periodo de ciclo vital. Toda una serie de modificaciones celulares, bioquímicas y moleculares van trazando un decaimiento de la movilidad, la actividad y la plasticidad del cuerpo. En cada individuo de un modo diferente, determinado a la vez por la genética, las condiciones de vida y por los hábitos personales, se va originando un progresivo deterioro de la agudeza de los sentidos, de la psicomotricidad, de los ritmos cardíacos y circulatorios, así como de los sistemas óseos, musculares y dérmicos. Tan sólo un dato particularmente revelador: desde los 30 años el tamaño del cerebro comienza un proceso de disminución que a los 90 años supondrá la pérdida de alrededor de 230 gramos de su peso. En conjunto, el cuerpo va mostrando un inexorable desgaste que dará origen a los achaques, “goteras”, dolores y malestares diversos que caracterizan esta etapa vital. Hermann Hesse en su lúcida vejez se expresa así:

“El camino que hasta hace poco era sólo un breve paseo se hace largo y fatigoso, y llega un día en que ya no podemos recorrerlo. Tenemos que renunciar también a las comidas que durante toda la vida hemos saboreado con tanto gusto. Las alegrías y los placeres corporales se hacen más raros y se pagan cada vez más caros... Es imposible ignorar todo eso, es la amarga realidad”⁶.

Evidentemente, este deterioro biológico trae aparejado también un deterioro de muchas funciones psíquicas. A partir de los 30 años se inicia ya suavemente un declive de la velocidad receptora, de la fluidez verbal y de la capacidad de atención, que queda claramente patentizado a partir de los 70. No se puede integrar del mismo modo las

⁶ Citado por A. AUER, *Envejecer bien. Un estímulo ético-teológico*, Herder, Barcelona 1997, 175.

novedades que advienen. El manejo de la informática, por ejemplo, no puede ser ya el de un joven iniciado desde su infancia. En cierto sentido, se deja de ser contemporáneo de pleno derecho. La “memoria a corto plazo” deja ver también un deterioro que, a su vez, va dejando espacio a la “memoria a largo plazo”, aquella que tiene más que ver con el pasado lejano. Se entienden mejor así los despistes de las personas mayores en la vida cotidiana, así como su paralela tendencia a relatar “batallitas” del pasado.

En cuanto a la inteligencia, los datos son controvertidos, entre otras razones porque la inteligencia es un concepto muy condicionado socioculturalmente. Los estudios son escasos e incompletos. Y se constata también que el deterioro de algunas funciones (aritméticas, por ejemplo) puede ir acompañado de un enriquecimiento de otras funciones psíquicas. Está demostrado, además, que un entrenamiento intensivo permite conservar una buena agilidad mental.

La dimensión afectiva, por su parte, es la que probablemente se vea más condicionada por el contexto social. “Los jóvenes van por grupos, los adultos por parejas y los viejos solos”. Esa es muchas veces una triste realidad de la que da cuenta un viejo proverbio suizo. Es un dato cierto que a partir de los 65 se produce un aumento del índice de suicidios, que se inicia a partir de los 44. Pero también parece demostrado que el envejecimiento no es en sí mismo un periodo depresivo. Todo depende de la capacidad para manejar y encajar las debilidades. “El secreto de una buena vejez no es otra cosa que un pacto honrado con la soledad”, afirma sabiamente Gabriel García Márquez en “Cien años de soledad”.

4. El doble duelo de los 60

A estas pérdidas de orden biológico, psicológico y social, que podemos pensar como estructurales, habría que añadir otras en el orden de lo coyuntural. Cada generación ha encarnado unos ideales, ha procurado hacer realidad unos proyectos, ha soñado un mundo y una sociedad diferente desde las coordenadas socioculturales que les tocó vivir. Y tendríamos que pensar que es así como la historia avanza: a través de contradicciones que ponen en cuestión las ideas y estructuras sociales de la época anterior, dando lugar a un nuevo alumbramiento. El hecho es que cada generación se ve así confrontada a convivir con los ideales, sueños y proyectos de la generación anterior a la que cuestiona y tiene que asumir también el verse confrontada por las nuevas generaciones con las que tiene que mostrar el arte de convivir. Por otra parte, parece claro que no todos los miembros de una generación participan por igual de los ideales y proyectos que cobran cuerpo en su entorno social. Hay jóvenes esencialmente identificados con los proyectos de la generación anterior más que con los de la propia y también hay mayores que se identifican más con los planteamientos y actitudes de la generación que les sigue que con la que les “corresponde” por edad. Por eso, toda generalización en este apartado puede resultar particularmente peligrosa y desenfocada.

Partiendo de estas obligadas matizaciones merece la pena reflexionar sobre lo que para buena parte de la generación que ahora anda por los 60-70 años le supone en-

cajar un aire sociocultural tan diferente de aquel que caracterizó sus proyectos e ideales de juventud.

La década de los 60, más allá de las mitificaciones de las que haya podido ser objeto, destaca con caracteres muy particulares en la segunda mitad del siglo XX en lo que se refiere a empuje y creatividad en los diversos movimientos culturales. Tras el ambiente prebélico de la guerra fría en los años 50 y el riesgo de una tercera guerra mundial en el año 1962 en la llamada “crisis de los misiles”, se inicia este período caracterizado por las confrontaciones internacionales y por las protestas de una ciudadanía cada vez más crítica con las acciones de sus gobernantes y con la situación que se dibujaba en el mundo tras la recuperación económica de la posguerra: movimientos de protesta contra la guerra de Vietnam; contra la invasión de tropas soviéticas en la antigua Checoslovaquia, en la “Primavera de Praga”; en mayo del 68 francés contra el orden establecido, en unas revueltas estudiantiles y sindicales y que se extendieron rápidamente por otros países. También por España en lo que la situación política del franquismo lo permitía. Los movimientos sociales adquirieron igualmente cada vez mayor importancia en América Latina, particularmente en Chile, donde en 1970 un gobierno socialista llegaría al poder por la vía democrática.

Tanto en el orden político y social, como en el estético y cultural, así como en el eclesial, la década de los 60 está caracterizada así por el florecimiento de una serie de movimientos socioculturales, que le dotaron de una particular vitalidad y fuerza creativa en la búsqueda de nuevos horizontes. En el orden político, la revolución cubana, o la figura de Che Guevara, y la toma del poder democrático por Salvador Allende en 1970, impregnaron a buena parte de la juventud con ideales de una justicia social revolucionaria. En el orden sociocultural el movimiento hippie, claro exponente de la posmodernidad, supuso toda una confrontación contracultural de la que todavía permanecen huellas. La revolución sexual y el movimiento feminista cobraron especial relevancia en estos aires nuevos de la década⁷. Y el arte todo dejó ver este florecer de una nueva sensibilidad y apertura de horizontes. En el campo musical el fenómeno de The Beatles o de los Rolling Stones, entre otros, supusieron una ruptura con lo que fue habitual en ese espacio durante las décadas anteriores y que en las posteriores no han llegado a encontrar parangón. En cinematografía nos encontramos con el auge de la “Nouvelle Vague” nacida al final de los 50, con las grandes figuras del cine italiano nutridas en sus comienzos en el movimiento neorrealista como Visconti, Fellini o Pasolini y el naciente cine independiente de Estados Unidos que van a impregnar toda la cinematografía de unos nuevos modos y maneras de hacer cine. Posteriormente encontraremos grandes figuras, pero ninguna propuesta innovadora equiparable. Como nueva propuesta en el modo de hacer cine tan sólo encontraríamos el movimiento “Dogma”, encabezado por Lars von Triers, que finalmente, resultó fallido. En literatura la década de los sesenta dio lugar a ese gran “boom” de la literatura latinoamericana con García

⁷ Lo que supusieron los movimientos sociales de esta época encontró una magnífica reflexión en TH. ROSZAK, *El nacimiento de una contracultura*, Kairós, Barcelona 1970.

Márquez, Julio Cortázar, Juan Carlos Onetti y Mario Vargas Llosa. En pintura, la presencia descomunal de Picasso, y otras de la relevancia de Dalí, Miró o Braque no permitieron quizás una explosión creativa como en otros espacios del arte, pero ahí están también Andy Warhol o Robert Rauschenberg con el “Pop Art” o el informalismo de Antoni Tàpies. También el campo de la filosofía mostró una potencialidad muy particular: la influyente escuela de Frankfurt, con Th. W. Adorno, M. Horkheimer, J. Habermas, E. Fromm o H. Marcuse (de tanta repercusión en el movimiento estudiantil); el estructuralismo francés con Cl. Lévi-Strauss, L. Althusser, J. Lacan o los inclasificables M. de Foucault y M. de Certeau; la hermenéutica con figuras como H. G. Gadamer o P. Ricoeur o el auge que en esos años tuvo la anterior fenomenología de E. Husserl y M. Heidegger presentan un panorama de una espectacular riqueza y hondura de pensamiento que en las décadas posteriores parece no haberse alcanzado.

Si pasamos a considerar esta década bajo el prisma de lo eclesial, el concilio Vaticano II aparece, sin el menor resquicio de duda, como una auténtica revolución que, por su enorme calado, la época posterior no encontró forma de digerir suficientemente. Fue el momento en que se derrumbaron por fin las murallas y defensas de todo tipo que se habían alzado en la Iglesia frente a la modernidad. El anti-modernismo que tanto dolor y daño causó desde finales del XIX fue, finalmente, abatido por un espíritu de apertura y reconciliación con el mundo, cuya mejor expresión la tenemos quizás en la Constitución pastoral “*Gaudium et Spes*”. Pero también otros documentos conciliares como las Constituciones sobre la Iglesia y la liturgia, la Declaración sobre la libertad religiosa, o los Decretos sobre los laicos o el ecumenismo, vinieron a significar el final de la época de los “anti” que desde Pío VII a Pío XII determinaron la vida de la Iglesia Católica⁸. El Concilio creó un espíritu nuevo que, como aire fresco y renovado, invadió a toda la Iglesia llenándola de gozos y esperanzas (*Gaudium et spes...*). Las Facultades de Teología encontraban una inspiración fundamental en figuras de la talla de Karl Rahner, Henri de Lubac, Yves Congar, Bernard Häring, Hans Küng, Edward Schillebeeckx o Jürgen Moltmann (por no citar figuras emblemáticas de la teología española), y se nutrían en unas corrientes teológicas tales como la teología política inspirada por Johann Baptist Metz o la teología de la liberación que irrumpía al son del Concilio y de la Conferencia Latinoamericana de Medellín (1968).

Ese fue el panorama donde la mayoría de los sexagenarios y septugenarios, con sus 20 y 30 años de entonces, cuajaron sus identidades y pensaron sus vidas. Parecía que no había vuelta atrás. Pero la hubo. El tiempo de Kennedy y Juan XXIII dejó paso al de Ronald Reagan, Margaret Thatcher y Juan Pablo II. El telón de acero se derrumbó, el muro de Berlín fue abatido y el espacio entero quedó abierto para la expansión desorbitada de un capitalismo salvaje en el que las finanzas lo dicen y determinan todo y en el que los casinos que son las bolsas de Tokio, Frankfurt o Nueva York han traído consigo esta crisis brutal que padecemos.

⁸ Cf. K. RAHNER, *Tolerancia, libertad, manipulación*, Herder, Barcelona 1978, 138-140.

Un mundo bien diferente del que ingenuamente se pensó como ya definitivamente establecido. Una situación socio-política, socio-cultural y eclesial bien diversa de la que se había soñado. Tantas conquistas sociales de aquellos años se ven hoy, en efecto, en un proceso inequívoco y bien pensado de desmantelamiento progresivo frente al que poco parece que puedan los sindicatos y otros movimientos sociales más actualizados. El “estado de bienestar” es cuestionado en sus bases y progresivamente reducido en favor de unos intereses que, finalmente, son los de las altas finanzas y los de una ideología de corte neo-liberal que se expande sin contención alguna. La democracia en España que, tras los embates contra el franquismo durante los 60, fue saludada con gozo en los últimos 70, se ve hoy deteriorada por la corrupción y el sometimiento a las fuerzas económicas hasta extremos alarmantes. Tras la “libertad sin ira” que se cantó en aquellos años de transición, hoy vivimos el riesgo de propiciar una “ira sin libertad”. La iglesia española, que tan sabiamente supo situarse en aquellos años difíciles con su máximo exponente en el Cardenal Vicente Tarancón, ha ido derivando a posiciones cada vez más pronunciadamente escorada hacia la derecha política y el conservadurismo en lo moral y en lo teológico.

A nivel global, la Iglesia del Vaticano II ha ido experimentando igualmente un proceso involutivo en el que los elementos más novedosos del Concilio han sido sometidos a un bien pensado proceso de demolición controlada⁹, para configurar un talante eclesial que va provocando una alarmante y progresiva desvinculación afectiva de muchas personas. Al mismo tiempo, se han favorecido otro tipo de vinculaciones en determinados movimientos eclesiales que sí se mostraban en perfecta sintonía con esa demolición controlada del espíritu conciliar.

Tampoco hemos encontrado una generación de teólogos que estén a la altura de aquellas grandes figuras inspiradoras del Concilio. Cincuenta años después, ni en el panorama internacional ni en el español, ha surgido una nueva generación que los sustituya y se encuentre a su altura. El panorama de los centros y facultades de Teología se volvió así bastante más anodino y carente de una auténtica creatividad. En todo ello jugó sin duda un papel determinante el clima de rígido control, de censuras y condenas que recayeron sobre el quehacer teológico a lo largo de todo el pontificado de Juan Pablo II y que generó una interiorización del miedo y un autocontrol que ni siquiera llega a ser del todo consciente.

5. Sesentones y “setentitas”

Todo lo dicho nos hace comprender que muchos sexagenarios y septuagenarios de hoy se vean confrontados a un profundo y doloroso duelo añadido a los que estructuralmente les corresponde en razón de su biología y su edad.

⁹ Cf. G. ALBERIGO, *Historia del concilio Vaticano II*. I y II, Sígueme, Salamanca 1999-2002; A. MELLONI, *Chi a paura del Vaticano II?* Carocci, Roma 2009; M. PAGGIOLI, *Vatican II. The Battle for Meaning*, Paulist Press, New York 2012; LACEY, F. OAKLEY, *The Crisis of Authority in Catholic Modernity*, Oxford University Press, New York 2011; J. N. O'MALLEY, *¿Qué pasó en el Vaticano II?*, Sal Terrae, Santander 2012; J. PEREA, *Otra Iglesia es posible*, Ed. HOAC, Madrid 2010; J. M. CASTILLO, *La Iglesia que quiso el Concilio*, PPC, Madrid 2001.

Unos importantes cambios sociales, políticos y económicos han traído consigo una nueva mentalidad y una nueva cultura. La posmodernidad se ha ido imponiendo, relativizando muchas creencias, valores e ilusiones (léase el término con toda la ambigüedad que en castellano posee) de las que todavía participaban los mayores de hoy y con ello las identidades colectivas de los más jóvenes se han ido configurando en un nuevo tipo de subjetividad. Sin duda que los nuevos aires también están poniendo de manifiesto las contradicciones existentes en el seno de aquella “década prodigiosa” de los 60, que se debatía entre los ideales de la modernidad y la posmodernidad.

El hecho es que las nuevas generaciones responden ya a otros ecos y sueñan otras ilusiones. Han crecido y han cuajado en un entorno muy diferente, menos convulso social y eclesialmente y en unos aires, los una resuelta posmodernidad, en los que los grandes ideales y proyectos colectivos se han ido sustituyendo por otros de carácter más individual, menos utópicos y más adaptados a lo presente. Más realistas también. Menos proféticos y, quizás, más solidarios también. Pero el hecho es que nos encontramos con una generación que se muestra más descomprometida políticamente, más posicionada hacia la derecha¹⁰ y, en el marco eclesial, más claramente conservadora, celosa de la ortodoxia dogmática, moral y ritual y, en general, con una masiva identificación institucional que le resta capacidad crítica. Es difícil evitar el pensamiento de que si la juventud se caracteriza por un talante idealista e inconformista, esta generación es menos joven que la anterior.

En este contexto, sin embargo, movimientos como el del 15 M y otros menos visibles y “aparatosos”, pero quizás a la larga más efectivos, hacen renacer la esperanza de que la historia, con sus idas y venidas, no se detiene. Y no se trata simplemente de unas reediciones del mayo del 68. Son otra cosa. Han nacido al socaire de unas nuevas circunstancias históricas y de una urdimbre sociocultural diferente. Emergen, en efecto, unas nuevas redes que se tejen con varios hilos: nuevas modalidades de espiritualidad, nuevas sensibilidades para la justicia, nuevos modos de economía de vida, una nueva visión de la cultura que, más allá de las identidades conocidas, deja paso a una, todavía desconocida, identidad intercultural.

Por su parte, la generación de los 60 ha podido mostrar el peligro de mitificarse a ella misma y, de hecho, ha ofrecido en muchas ocasiones resistencia para asumir la sensibilidad de las nuevas generaciones con un empeño (ilusorio por otra parte) de conformarla en los ideales que fueron los suyos, cerrando sus puertas dogmáticamente a quienes no encajaban en sus parámetros ideológicos. La nueva generación ha mostrado también muchas veces una actitud poco respetuosa frente a la anterior, a la que, no sin cierto tono despectivo, ha llamado “setentitas” (por considerarse que fue en la década de los 70 cuando cuajaron los planteamientos de la década anterior), y de la que ha llegado

¹⁰ En las últimas elecciones generales del 20-N, el PP obtuvo la mayor intención directa de voto en los menores de 35 años de toda la democracia y su ventaja respecto al PSOE en este grupo de edad es la máxima desde que disponemos de datos en el CIS. En los años 80, el 50% de los jóvenes se situaban en la izquierda, mientras que en 2011 este porcentaje bajó al 34,2. En cambio, el porcentaje de conservadores ha pasado del 14,7 de 1986 al 22,2% de 2011. Cf. I. URQUIZU, “Los jóvenes y la política”: *El País*, 16 julio 2012.

a decir de palabra y, más aún, con gestos y hechos, que de ella “no tiene nada que aprender”. No es infrecuente que estos jóvenes adultos de hoy, dentro del marco eclesial, consideren que, tras el inmovilismo anterior al Concilio, los “setentitas” adoptaron una posición “rupturista” y que, finalmente, como en el culmen de la síntesis dialéctica, ellos han llegado a poner las cosas en el justo y adecuado medio. La historia, como siempre, se encargará de situar a cada cual en el lugar que le corresponde.

Por otra parte, pareciera que la emergencia de los nuevos movimientos socio-culturales, que en la onda del 15 M muestran un talante más crítico e innovador, apenas encuentra eco dentro de los ámbitos eclesiales, más resistentes siempre al cambio y a la autocrítica. Las vocaciones de hoy a la vida religiosa o al ministerio han cuajado en un contexto eclesiástico de marcado carácter involutivo y, por tanto, los modelos y las propuestas que configuran la identificación vocacional dan lugar a unos perfiles más conservadores y resistentes al cambio. A ello se añade que el marco y los moldes institucionales de los noviciados, “escolasticados” o seminarios donde se forman los jóvenes de la Iglesia Católica responden a unos postulados más cerrados, menos críticos, más empeñados en forzar unas rígidas identificaciones institucionales, así como en favorecer unas actitudes de mayor sometimiento y dependencia. Sin duda que en este estado de cosas influyó el deseo de contrarrestar los efectos negativos de unos cambios que se llevaron a cabo en la búsqueda de nuevos estilos de vida y formación y en los que necesariamente hubo mucho de riesgo y experimentación. Se dieron pasos mal calculados, se asumieron quizás riesgos innecesarios, se improvisó precipitadamente y todo ello dio lugar a muchas situaciones de inestabilidad y de crisis. Son los riesgos ineludibles en la búsqueda de unos nuevos caminos nunca antes transitados. Pero en lugar de proseguir en una exploración de nuevas fórmulas más equilibradas, se optó, al aire de la involución generalizada, por la vuelta atrás en el afianzamiento de los antiguos moldes. La vuelta de los *clergyman*, hábitos e incluso sotanas y otros signos de visibilización institucional en los jóvenes clérigos y religiosos es buena muestra de ello. El resultado es que cada vez parece mayor la distancia que separa a estos jóvenes de las sensibilidades más críticas que hoy se abren paso en determinados movimientos de nuestra sociedad¹¹.

Todo este estado de cosas, y al margen de valoraciones más objetivas, convoca a un duelo considerable a los así llamados “sesentones setentistas”. Y, como en todo duelo, encuentran también unas nuevas oportunidades y algunos riesgos. El mayor peligro, sin duda, es el del desencanto amargo, experimentar un sentimiento de aislamiento, impotencia y resentimiento frente a un estado de cosas que ha operado como un mentís a todo lo que ellos soñaron y por lo que se empeñaron hasta las cejas. Otros optaron por la “acomodación” a los nuevos tiempos en una renuncia que hay que entender no solo como una dejación de ideales sino como una más triste dejación de ellos mismos. Así, por ejemplo, en algunos políticos relevantes de la derecha (política y eclesial) que hoy prefieren ocultar sus ideales progresistas de juventud. Son esos de los que irónicamente

¹¹ Cf. A todo este respecto el interesante estudio de W. C. CASTILHO PEREIRA, *Sufrimiento psíquico dos presbíteros*, Vozes, Petrópolis 2012, especialmente 67-137.

se ha dicho que “se les apareció Armani en el camino de Damasco”. Armani o un cargo eclesiástico de interés...

Pero cabe también la elaboración de un duelo valiente que, sin cerrar los ojos al dolor de considerar realísticamente perdidos unos sueños en gran parte válidos y legítimos, intenta acomodarse en un sano “principio de realidad”, con objeto de mantener y seguir defendiendo con entereza, aun con la conciencia de hacerlo desde una situación menos propicia, aquellos ideales que dieron esperanza y gozo en sus años de juventud. Duelo al que está llamada esta generación, con capacidad también para discernir lo que aquellos sueños tuvieron necesariamente de ilusorios y engañosos (¿qué decir, por ejemplo, de lo que pareció la revolución cubana y lo que luego ésta ha llegado a ser?) Duelo, por último, que necesariamente comporta un grado importante de sabia resignación, pero que también mantiene con firmeza una actitud esperanzada. La esperanza de que muchos de sus ideales, no sólo legítimos sino necesarios, no van a verse reducidos a la nada por más que unas dinámicas involutivas actuales los tengan medio sepultados. Después de todo, en movimientos como el del 15 M, que tantas analogías presentó con los de los años 60, los padrinos intelectuales fueron buenos representantes de aquella, para bien y para mal, llamada “década prodigiosa”¹². Y es un anciano, el papa Francisco, el que está suscitando la esperanza de una nueva “primavera eclesial”. Y ahí está también como elemento esperanzador el cambio profundísimo que ha tenido lugar en la conciencia de la dignidad de la mujer, quizás la mayor revolución social acaecida en el siglo XX. Es este un dinamismo renovador imparable que, sin duda, juega también un papel importante en la Iglesia. Porque si poco ha cambiado la relación de la Iglesia Católica con la mujer, es mucho lo que ha cambiado la relación de la mujer con la Iglesia Católica¹³.

6. Mirando hacia adentro

Pero volvamos más ampliamente a la problemática específica de la tercera edad, al margen de estos aspectos más coyunturales (aunque no por ello menos determinantes) del cambio generacional. Porque, junto a la obligada operación de duelo y muy en relación con ella, hay que resaltar otro aspecto particularmente relevante de esta etapa de la vida, que es el de una marcada tendencia a la introversión. Son muchos los estudios que, en efecto, resaltan esta característica como una de las más destacables en el análisis de los procesos psíquicos de la tercera edad. Característica, por lo demás, que es observable por igual en una gran diversidad de culturas.

La vida, en general, se enfoca en una progresiva atención al mundo interior más que hacia lo externo. Una progresiva (a veces ambigua) acomodación a la realidad,

¹² Así Stéphane Hessel y José Luis Sampedro que, al aire de los 60, en pleno franquismo y ante las destituciones de catedráticos en la universidad española como Aranguren y Tierno Galván, hizo las maletas y se fue a trabajar como profesor visitante en las universidades de Salford y Liverpool.

¹³ Cf. R. M. NOGUÉS-I. GÓMEZ ACEBO-T. LÉON-C. DOMÍNGUEZ, *Mujeres en la Iglesia*, Claret, Barcelona 2013 y unas impagables páginas de M. SUÁREZ, *Mujeres cristianas en acciones de incidencia política*: Iglesia Viva 251 (2012) 111-120.

en un proceso de aceptación de lo que ella hace posible, con una paralela renuncia a la coloración idealizada de tiempos anteriores, va propiciando cada vez más una mirada hacia el mundo interior. Las actitudes más agresivas o competitivas de la adultez van dejando paso a una mayor tolerancia y a una suerte de “retirada” del campo de acción. La disminución de la fuerza física favorece también el final de la actividad estresante propia del periodo anterior y va abriendo paso al reconocimiento de la riqueza del mundo interno. La necesidad de reconocimiento social mediante el éxito y la participación activa en la vida pública se va reduciendo así en favor de un trabajo en el terreno de lo más íntimo. En general, la gente mayor gusta más de la soledad, de los recuerdos y de la meditación¹⁴.

En esta dirección merece la pena recordar la aportación de C. G. Jung sobre las grandes etapas del ciclo vital y sus particulares dinámicas. En las primeras etapas de infancia y juventud tiene lugar un proceso de emergencia del Yo desde lo indiferenciado, en un progresivo desarrollo del mismo a través de la confrontación y adaptación a la realidad externa (familia, sociedad). Este proceso hace posible la adquisición de la capacidad para comprometerse en la transformación del mundo. En la tercera etapa de la mediana edad, a partir más o menos de los 40 años, se inicia, sin embargo, un proceso en sentido inverso que se prolongará a lo largo de la cuarta etapa de la vejez. Es el momento de avanzar en lo que Jung conoce como “proceso de individuación” que, de alguna manera, coincide con lo que podemos pensar como proceso de maduración de la personalidad¹⁵. El Yo consciente, autónomo, inicia un paso que pareciera regresivo pero que, en realidad, no lo es: más allá de su autoconciencia, busca hacia adentro el verdadero Yo que tiene su polo de gravedad en el “sí mismo” (Selbst), arquetipo nuclear de la personalidad y centro integrador del individuo. Para diferenciarse en las primeras etapas de la vida, nos explica Jung, hay que pagar el precio de separarse de ese núcleo más íntimo de la persona. Pero una vez configurado y desplegado, el Yo tiene que conquistar lo más hondo de sí¹⁶.

Es un período de la vida en el que también se va llevando a cabo una relativización de esa otra dimensión de la personalidad que Jung denominaba “persona” y que, en su sentido etimológico original (prosopon), representa la vertiente social de la personalidad, con sus exigencia de roles, funciones públicas y profesionales. Es momento ahora de mirar

¹⁴ En los tratados sobre la vejez se ha debatido mucho sobre la llamada “teoría de la desvinculación” enunciada por E. CUMMING y W. H. HENRY (*Growing Old*, Basic Books, New York 1961). Según esta teoría se produciría en esta etapa un típico proceso de reducción de contacto como preparación para el final de la existencia y la muerte. Frente a este punto de vista surgió la “teoría de la actividad”, según la cual el mantenimiento de una actividad daría un sentido a esta etapa de la vida. Cf. Cf. R. KALISH, *La vejez. Perspectivas sobre el desarrollo humano*, Pirámide, Madrid 1983; I. STUART-HAMILTON, *Psicología del envejecimiento*, Morata, Madrid 2002; A. AUER, *Envejecer bien. Un estímulo ético-teológico*, Herder, Barcelona 1997.

¹⁵ Es de notar que ese proceso de acceso al “sí mismo” encuentra, según Jung, en la experiencia religiosa, mística, una de sus mejores vías de acceso. Cf. C. G. JUNG, *Conciencia, consciente e individuación y Acerca de la empiria del proceso de individuación*, o.c. vol. 9/1, Trotta, Madrid 2002, 257-338; *Sobre el devenir de la personalidad*, o.c., vol. 17, 155-174.

¹⁶ Cf. F. FORDHAM, *Introducción a la psicología de Jung*, Morata, Madrid 1970, cap. IV, “La religión y el proceso de individuación”, 75-90.

hacia adentro para entrar en contacto con los grandes arquetipos del inconsciente colectivo. De manera especial, los arquetipos del “animus” y “anima”, correspondientes a las vertientes masculinas y femeninas de la personalidad y, hasta entonces en marcada oposición, deben ahora buscar una articulación dejando paso a la parte que antes se encontró más marginada. En esta tercera edad, la expresión en los hombres de su parte femenina y en las mujeres de su masculinidad, supone otro intento de reconciliar las tendencias antes en conflicto, asegurando ahora una mejor y más rica integración personal. La citada novela de José Luis Sampedro, “La sonrisa etrusca”, constituye sin duda una magnífica expresión de esa integración de la feminidad en un varón de tercera edad¹⁷.

En definitiva, y al margen de la sintonía que se pueda tener con esta particular concepción antropológica junguiana, parece que también desde ella se apunta a ese dato en el que confluyen otros estudios. Es la tercera edad un período donde la mirada se dirige hacia el interior en búsqueda de una integración personal y en la que el sujeto encuentra la posibilidad de vivir la etapa final de su vida no tanto en clave de declive y senilidad sino de ahondamiento y sabiduría. Como bien se ha dicho, “en la juventud aprendemos, en la vejez entendemos”.

7. A la búsqueda de integración

Presupongo que hay tres pensamientos en mí, formulaba Ignacio de Loyola desde otra perspectiva diferente y en el marco de su antropología espiritual. En nosotros, efectivamente, “hablan” muchas cosas, son muchas las voces que podemos oír en nuestro interior a lo largo de todo nuestro proceso vital y, de hecho, vamos construyendo nuestra identidad a base de las alianzas que vamos estableciendo con unas u otras de esas voces que nos habitan. En esta etapa de la tercera edad, quizás corresponda un importante trabajo de discernimiento e integración entre esas voces que a lo largo de toda nuestra vida hemos ido escuchando que, en unas ocasiones nos han perdido, confundido o desconcertado, y que en otras nos han ido apareciendo como focos orientativos de nuestro errante caminar. Una integración, pues, que tendría por objeto la conquista de una dinámica personal que posibilite por una parte la gratitud, y por otra la esperanza.

En este sentido es obligada la mención a la teoría de E. Erikson, una de las grandes figuras de la psicología evolutiva desde una perspectiva freudiana. Dentro de la descripción del ciclo vital, Erikson sintetiza esta etapa de la vida con el rótulo de integridad. Tras la adultez, caracterizada por el logro de una “generatividad”, entendida como productividad y creatividad en el orden de lo familiar y social, aproximadamente a los 60 años, se abriría esta otra etapa cuya tarea fundamental vendría dada por el logro de una integridad que reduce todo lo posible la desesperanza que se podría derivar del distanciamiento social y de un consecuente sentimiento de inutilidad¹⁸. Cuando esta

¹⁷ Probablemente con esa integración de opuestos de la que nos habló Jung tenga que ver el hecho encontrado en algunas investigaciones que muestran que las mujeres en este período cambian de modo contrario a los varones, pasando a ser más activas y dominadoras. Cf. R. A. KALISH, *ibid.*, 131-133.

¹⁸ Cf. *El ciclo vital completado*, Paidós, Barcelona 2011 (edición revisada y ampliada), 61-87.

integración no se alcanza, lo más probable es que se vaya abriendo paso un sentimiento de resignación, desesperanzada y triste, con un progresivo temor a la muerte cercana. Como sentenció el escritor alemán Johann Paul Friedrich Richter, no es el fin de la alegría lo que hace tan triste la vejez, sino el término de la esperanza.

Cuando la integridad se logra, el sujeto reconsidera su propio pasado y tiene la convicción de que lo que él ha llegado a ser es, en muy buena medida, consecuencia de sus propias decisiones, de un pasado trabajado que se recuerda y se repiensa con unos sentimientos de satisfacción, gratitud y aprecio. La integridad, según Erikson, supone, por una parte, una capacidad para valorar los beneficios de la época actual, pero, por otra también, de lo que ha sido la propia historia, la propia juventud y las propias experiencias de vida. Hay una aceptación de que las metas de la vida se han satisfecho suficientemente y de que no hay demasiados “cabos sueltos”. Sólo así se alcanza esa posición vital que evita la desesperanza. Quien envejece debe integrar toda su vida, con sus rodeos y caminos equivocados, en una concepción de sentido tan amplia y totalizadora que incluso el tiempo de vida que queda pueda formar parte de ella. Por ello, Erikson, terminó por denominar también como “sabiduría” esta última etapa vital lograda¹⁹. Una sabiduría que facilita un amor pos-narcisista por la humanidad, asumiendo con serenidad el desvincularse de la vida misma ante la perspectiva de la muerte.

La integridad o la sabiduría es un logro que no siempre se alcanza. Supone que se han resuelto bien una serie de conflictos, entre los que habría que destacar tres más importantes. En primer lugar, la diferenciación de la propia realidad personal de lo que ha sido el rol laboral y profesional. En términos de Jung, que la “persona” no se haya hecho con toda la personalidad, de modo que se pueda aceptar con serenidad no ser ya el motor fundamental de la familia, de la comunidad o del trabajo. Saber, por tanto, despojarse de las posiciones de liderazgo y ocupar, con toda calma, el asiento de atrás. Un segundo reto viene dado por el logro de la capacidad para asumir y superar la incomodidad física que tiene lugar, en un grado u otro, por el desgaste y debilitamiento biológico. Quien haya situado en el bienestar corporal y en todo lo que desde él se hace posible lo más importante de la vida, tan sólo estará dejando paso al desengaño y la desesperanza. Por último, y sin duda encontramos ahí el reto más difícil, asumir y aceptar la realidad más cercana de la muerte. Sólo desde ahí se podrá pensar la propia vida como una aportación al entorno, en un modo de trascender al yo, sin quedar atrapado en la preocupación por él.

8. El buen envejecer

No es fácil envejecer bien ni está exenta de dificultades la elaboración de los importantes duelos a realizar en el orden de lo biológico, lo psicológico y lo sociocultural. Por eso, quizás, por lo difícil que resulta, nos seduce tanto encontrar viejos que dejan ver satisfacción, dinamismo vital a su manera, paciencia y buen humor. Afrontar la nueva situación no como una amenaza sino como un problema a resolver exige unas actitudes que no siempre están al alcance de todos. Si es verdad que cada etapa del desarrollo requiere un

¹⁹ *Ibid.*, 115-117.

reajuste de fuerzas y una recomposición de las dinámicas anteriores, en el paso a la tercera edad este reajuste se presenta con unas particulares dificultades. Sin duda resulta más fácil pasar a ser joven que pasar a ser viejo. Es un hecho que en ocasiones, como afirmaba Simone de Beauvoir, la vejez puede llegar a inspirar más repugnancia que la misma muerte²⁰.

Un capítulo importante a considerar en el proceso del buen envejecer se sitúa en el campo de la afectividad. Fácilmente, ésta va perdiendo plasticidad, capacidad de cambio, movilidad suficiente para nuevos intereses y vinculaciones. Todo lo cual da pie a fijaciones en lo ya conocido, habitual y familiar. Y cuando la tercera edad está ya avanzada, fácilmente puede tener lugar un proceso no ya de fijación, sino de auténtica regresión hacia unos modos de relación objetual de un marcado carácter infantil. También puede acaecer que una vez desaparecida la fachada de los papeles sociales desempeñados, puedan manifestarse, ahora sin pudor, las actitudes más egocéntricas y narcisistas que subyacían. Por una razón o por otra pueden ahora ponerse de manifiesto actitudes infantiles de apego a las cosas en conductas retentivas irracionales, el refugio en un propio pasado idealizado, la irascibilidad y la desconfianza paranoide respecto a los otros, la intolerancia y el dogmatismo testarudo, los temores hipocondríacos, o bien, por el contrario, una compulsión “creativa” en una urgencia por “dejar huella” al precio que sea²¹.

Henry Ey, una de las figuras más eminentes de la psiquiatría francesa, diferencia cuatro reacciones negativas ante el proceso del envejecimiento²²: Una primera sería la de ir dando paso a una situación de depresión y tristeza por la pérdida de potencialidades o por un sentimiento de fracaso respecto a proyectos vitales anteriores. La segunda vendría dada por un repliegue sobre sí mismo, como expresión de un resentimiento contra el mundo. El sujeto entonces se va introduciendo en una posición de aislamiento, con un rechazo sistemático de todo contacto humano. Otras veces, los deterioros que se van produciendo llenan al sujeto de angustia y dan paso a una actitud de rechazo sistemático de la nueva situación. Es la típica negativa a envejecer en la que se emprenden tareas físicas y psíquicas que están muy por encima de sus posibilidades o, en una huida hacia adelante, se acomete una actividad incesante y de efectos, a veces, catastróficos. Por último cabe también adoptar la actitud de revuelta. Los profundos sentimientos de frustración van generando actitudes agresivas hacia el mundo exterior en el que aún y, por encima de todo, se pretende seguir imponiendo su voluntad. El rechazo de todo lo nuevo y de la juventud es un típico síntoma de esta negativa actitud.

“Entramos en el atardecer de la vida con una profunda y evidente falta de preparación, peor aún, entramos con los mismos ideales y convicciones que teníamos hasta enton-

²⁰ La vejez, Edhasa, Barcelona 1983.

²¹ Cf. F. FELIX LÓPEZ, “Sexualidad y afectividad”, en AA. VV., *Psicología de la vejez*, Alianza, Madrid, 2006, 231-251.

²² H. EY, *Manuel de Psychiatrie*, Masson, Paris 1960. 773-ss. Sobre las dificultades para el buen envejecer cf. también: E. LÓPEZ AZPITARTE, *Envejecer: destino y misión*, San Pablo, Madrid 1999, 79-98; AA. VV., *50 años cumplidos*, PPC, Madrid 1980, 128-149; V. IRIGARAY - J. ARREGUI, *El último tramo de la vida*, Instituto Teológico, Vitoria, 2007 y A. AUER, *ibid.*, 153-159.

ces. No podemos vivir el atardecer de la vida con el mismo programa que la mañana, pues en lo que en la mañana era mucho, en el atardecer será poco, y lo que en la mañana era verdadero, en la tarde será falso”.

Tal es la lúcida reflexión de C. G. Jung en un ensayo titulado “El punto de inflexión de la vida”²³. Acoger la vejez como posibilidad abierta para una buena culminación de la vida es una tarea que, aunque determinada en buena parte por la vida anterior (dime cómo envejeces y te diré quién eres), deja sin embargo un espacio abierto al buen trabajo interno.

Supone primariamente llevar a cabo una tarea de aceptación de la nueva etapa que se ha ido abriendo paso. Tan sólo cuando se realiza el conveniente duelo por todo lo anterior se hace posible sacar partido al presente. Todo ello supone una reorganización cognitiva en orden a una necesaria sustitución de metas y objetivos, en una acomodación a lo que todavía es posible y en una indagación también de nuevas posibilidades que ahora se abren. La vejez “se nos presenta como un camino alternativo y sorprendente” -afirma Dolores Alexandre-, “justo cuando las experiencias de pérdida comienzan a hacerse más frecuentes e inevitables y nuestro organismo psíquico y somático desarrolla garras y tentáculos para evitar ser despojados”²⁴. La gran trampa, en efecto, es empeñarse en retener a toda costa lo que un día nos ofreció seguridad y en lo que hasta ese momento nos ha servido de sostén: eficacia, reconocimiento, saberes, haceres y costumbres, campos de decisión y autonomía. “Quien no se acomoda al espíritu de su edad, tiene todos los males de su edad”, escribió un día Voltaire a Mme. du Châtelet²⁵.

“Tenemos que evitar dos extremos” -nos dice, por su parte, Urbano Valero- “por una parte, aferrarnos a lo que antes habíamos venido haciendo... y, por otra, replegarlos antes de tiempo y sin necesidad sobre nosotros mismos”²⁶. Indagar nuevos horizontes, mantener una actitud abierta ante lo que acaece a nuestro alrededor, no cerrar más ventanas de las que de hecho nos vemos obligados a cerrar e intentar abrir otras que, quizás, hasta el momento o no habíamos podido abrir o no las habíamos aún descubierto²⁷.

Es edad, pues, muy propicia para emplearse en actividades que perfeccionen la persona moral e intelectualmente y que redunden en beneficio de los demás²⁸. No es

²³ O.c., Vol. 8, Trotta, Madrid 2004, 398.

²⁴ Cf. “Cómo me gustaría envejecer”, *Sal Terrae* 91(2003) 720.

²⁵ Citado por A. AUER, *ibid.*, 165.

²⁶ “Ancianidad y vida religiosa”, *Sal Terrae* 94 (2006) 213.

²⁷ La jubilación ocupa, sin duda, un lugar importante en la dinámica que se juega en esta edad. Todos los datos apuntan a que las mayores dificultades las experimentan los que se encontraban masivamente identificados con su profesión. Cf. C. MONEDERO, *Psicología evolutiva y sus manifestaciones psicopatológicas*, Biblioteca Nueva, Madrid 1972, 431-432.

²⁸ Cf. E. GARCÍA ESTEBÁNEZ, “Crecer de mayores. La tercera edad como tarea”: *Estudios Filosóficos* 54 (2005) 409-439.

época tan sólo de decir adiós. Lo es también, desde esa mirada interior que se favorece en ella, de cultivar la propia realidad personal con una valoración y un saber gustar de lo que todavía se es y de lo que todavía sigue siendo posible. Ese cultivo de la propia realidad personal se dejará ver también en el cuidado del cuerpo, de su higiene, salud, alimentación, vestido y entorno.

Es edad también para repasar el ámbito de las relaciones interpersonales y para profundizar en vínculos que quizás el exceso de actividades no permitió cuidar como correspondía. Tiempo igualmente para la reconciliación y el perdón, para cerrar heridas antes de que sea ya demasiado tarde. La bella historia narrada por David Lynch en su inolvidable película “Una historia verdadera” constituye un bellísimo ejemplo. En ella asistimos a la bella e increíble aventura que emprende un anciano antes de morir para cerrar la herida abierta de un desencuentro con su hermano.

Tiempo, asimismo, para abrirse a las nuevas generaciones en una escucha atenta de lo que son y buscan, ofreciéndoles también, con humildad, el testimonio de la propia sabiduría y experiencia. Saber pasar a un segundo plano dentro del entramado social. Como afirma E. López Azpitarte, a este propósito “es mucho más elegante adelantarse por la propia iniciativa que esperar a que tengan que imponerlo”²⁹. No es fácil. Y tan sólo es posible desde una disposición interior de generosidad y de un desapego que sabe despedirse para encontrar. Un anciano ejemplar, como lo fue Pedro Laín Entralgo, lo expresó atinadamente:

“La vejez es verse obligado a vivir poseyendo sólo lo que uno ha sido y sentirse de continuo en trance de optar... entre la captación aceptadora y hasta ilusionada de lo que están haciendo los que todavía no son viejos y el rechazo agrio, tal vez resentido, de cuanto es nuevo en la época a la que se pertenece”³⁰.

9. Afrontar la muerte

La palabra muerte se ha vuelto casi obscena en nuestra cultura. Cada vez son más usuales los eufemismos para referirnos a ella: fallecimiento, defunción, desaparición. Este ocultamiento de lo que es el acontecimiento más seguro de nuestra vida es quizás una muestra más de la exaltación del Yo en la que vivimos y de la paralela negativa a asumir cualquier tipo de límite. Y la muerte constituye, sin lugar a ninguna duda, el límite fundamental, la mayor de todas las heridas que se puede infringir a nuestro narcisismo. La muerte –afirma Auer– “no se añade a la vida con tanta facilidad como el amén a la oración”³¹.

El inconsciente no cree en la muerte. Es un término ausente en su singular diccionario. “Mostramos una patente inclinación a prescindir de la muerte, a eliminarla

²⁹ E. LÓPEZ AZPITARTE: “Envejecer: experiencia de lo fugaz y de lo trascendente”, *Manresa* 77 (2005) 228.

³⁰ P. LAÍN ENTRALGO, *Sobre la amistad*, Revista de Occidente, Madrid 1972, 237-8.

³¹ A. AUER, *ibid.*, 53.

de la vida”, nos dice Freud. Hemos intentado silenciarla, sobre todo cuando se trata de la propia muerte.

“La muerte propia es, desde luego inimaginable, y cuantas veces lo intentamos podemos observar que continuamos siendo en ello meros espectadores. Así, el psicoanálisis ha podido arriesgar el aserto de que, en el fondo, nadie cree en su propia muerte, o lo que es lo mismo, que en el inconsciente todos nosotros estamos convencidos de nuestra inmortalidad”³².

La negación de la muerte es el signo más ostensible de la negación de la realidad, expresión también de la omnipotencia infantil y de su creencia en la inmortalidad por propio derecho. Sólo los seres humanos son mortales, porque sólo ellos saben que se mueren. La muerte es por eso lo más propio, absoluto e infranqueable. Pero es también una suprema violencia al deseo y sus pretensiones de inmortalidad y por eso, de un modo u otro, la negamos.

Esta negación de la muerte se hace patente, descarada en el niño, tan deudor él de lo inconsciente. Le basta oír que el abuelito a quien tanto quería está en el cielo para seguir indiferente con su vida y con sus juegos. El adolescente la niega con insolencia: no es cosa que parece atañerle. Por eso pueden comportarse de modos tan temerarios. Al adulto le resulta más costosa la negación. Pero, siempre parece que son otros los que mueren y él prosigue viviendo como si la muerte no tuviese lugar. Pero ya introducidos en la tercera edad, la muerte asoma con insistencia por una y otra parte y el desgaste de la propia corporalidad anuncia también sin misericordia que ese final, por más que en buena medida se siga negando, se va haciendo más cercano.

La aceptación de la muerte, como la del propio envejecer, estará muy determinada por la propia dinámica global de personalidad. Uno de los signos de que esa integridad de la que nos hablaba Erikson no se ha alcanzado es, precisamente, el del temor a la muerte. Por el contrario, sólo es posible la aceptación libre de la vejez si se acepta la finitud y se da la conformidad a la mortalidad. Ante la perspectiva de la muerte, en la integridad lograda, se adquiere un nuevo significado de la vida, surge esa distancia interior respecto de la propia realidad vital en la que puede emerger una nueva identidad y un nuevo compromiso con los demás.

La negación de la muerte viene a suponer, de hecho, una negación de la vida, de la vida que, en su limitación, es donde posee su auténtico valor. Negar, por eso, la muerte influye de modo decisivo en nuestro modo de vivir. “La vida se empobrece -afirma Freud-, pierde interés, cuando la apuesta máxima en el juego de la vida, esto es, la vida misma, no puede arriesgarse”³³.

³² S. FREUD, *Consideraciones sobre la guerra y la muerte*, o.c., Biblioteca Nueva, Madrid 1973, II, 2110.

³³ S. FREUD, *ibid.*, 2111.

Abrir los ojos desde ese despojo en los duelos realizados, mirar al interior y reconocer la limitación de la vida en la cercanía de la muerte, ayuda a tener un mejor cálculo de la insignificancia de las cosas y, por ello, se abre la gran posibilidad de dotar a la propia existencia de un significado unitario que para muchos puede ser un barruntar lo esencial³⁴.

10. Barruntando lo esencial

La integridad enunciada por Erikson como el modo de identidad de la persona madura en la tercera edad es una apertura a la esperanza desde la conciencia de que la propia vida ha tenido un sentido, de que se ha construido una existencia que ha merecido la pena y de que esa existencia puede ser considerada como una palabra, un mensaje positivo para el entorno en el que se ha desenvuelto. Es una época en la que se guarda la conciencia de cuáles han sido los ejes a través de los cuales se ha logrado la vertebración de la propia identidad personal y se ha adquirido también la sabiduría para discernir lo que nos humaniza o deshumaniza. Todo ello posibilita, por lo demás, una disposición abierta y generosa frente a los demás. Finalmente, el narcisismo radical del que todos partimos en nuestra infancia puede ceder paso a un descubrimiento de la alteridad, a una actitud de compasión y de tolerancia y a una mirada benevolente y generosa hacia los otros.

No es necesario estar habitado por una fe religiosa para acceder a esta maduración global de la personalidad que se experimenta integrada, con sentido y con disposición abierta y altruista hacia los demás. El ejemplo de José Luis Sampedro, recientemente fallecido, ilustra bien lo que significa una opción de vida de este estilo. Como también lo son los últimos films que realizaron tres grandes del cine mundial: Robert Altman en Estados Unidos, Ingmar Bergman en Europa y Akira Kurosawa en Japón. Cada uno de ellos, a modo de testamento, nos dejó un bellissimo film que resumía el sentido conferido a sus respectivas existencias. El primero, Robert Altman, con “El último show”, donde el buen humor y la música compartida dejan paso a una vaga y misteriosa esperanza de más allá. Ingmar Bergman con “Saraband”, donde la clave del sentido de unas existencias marcadas por el dolor tan sólo viene por un amor entendido en clave de ágape. Y Akira Kurosawa en “Madadayo” (y antes en “Vivir”), donde la muerte es apaciblemente acogida desde el encuentro festivo, generoso y agradecido. Los tres films muestran cómo el acceso a esa integridad esperanzada de Erikson no exige de por sí un enfoque explícitamente religioso de la existencia.

Resulta muy significativo a este respecto el término de “gerotranscendencia” que se comienza a utilizar para dar cuenta del modo en el que muchos ancianos afrontan el deterioro de sus cuerpos y sus facultades. Lars Tornstam y sus colegas de la Universidad de Uppsala la definen como “un cambio en la metaperspectiva de una visión materialista y racional a una más cósmica y trascendente”³⁵. El individuo gerotranscendente experimenta

³⁴ Cf. P. RICOEUR, *Vivo hasta la muerte*, FCE, México 2008 y CL. GEFFRÉ, “La cuestión del sentido en la tarde de la vida”: *Concilium* (2007) 787-792.

³⁵ L. TORNSTAM, “Gerotranscendence: A Theoretical and Empirical Exploration”, en L. E. THOMAS - S. A. EISENHANDLER (Coord), *Aging and the Religious Dimension*, Greenwood Publishing Group, Westport 1993. Citado por E. ERIKSON, *ibid.*, 128.

un sentimiento nuevo de comunión cósmica con el espíritu del universo, una redefinición del tiempo, la vida y la muerte, así como una redefinición del yo. Una particular tranquilidad anímica caracteriza este estado, sin que se pueda encontrar una correlación entre este estado de ánimo y una creencia o práctica religiosa. Parece evidente, no obstante, que las características que se señalan en ese estado que muchos ancianos experimentan guarda importantes analogías con lo que la fenomenología de la religión entiende por experiencia mística. Dependiendo –nos dice este autor– de cómo entendamos “religión”, la gerotrascendencia podría considerarse como una teoría del desarrollo religioso.

Este estado particular de paz y comunión, en el creyente cristiano, adoptará sin duda los contenidos particulares de su creencia. El todo cósmico adquirirá una condición personal y la relación con ese todo se establecerá como un vínculo personalizado y amoroso, que deja paso a una acentuación de la vertiente mística de la experiencia de fe³⁶. Una experiencia favorecida por los obligados despojos que se tuvieron que llevar a cabo, por la conciencia valorativa de lo que en la vida ha merecido o no la pena y por la tendencia a esa mirada interior que se va produciendo con el paso de los años a partir de la vida adulta. Si la maduración afectiva humana hay que entenderla como un proceso de progresiva reducción del narcisismo, en una consiguiente apertura a la realidad del otro, en el ámbito de la experiencia de fe, esa superación del narcisismo necesariamente tiene que desembocar en ese encuentro amoroso y gozoso que caracteriza a la experiencia mística.

Son también numerosos los estudios en el campo de la psicología de la religión que señalan como última etapa del desarrollo religioso ese tipo de experiencias de corte místico en las que el sujeto, en una fe “universalizante” y desde el vacío de sí mismo, deja de centrarse en el propio yo a partir de una comprensión y valoración suprema del universo. Es un proceso de comunión radical que se manifiesta en una opción por la justicia y el amor³⁷. No todos llegan a eso, pero figuras como Gandhi, Luther King, o Madre Teresa ilustran bien lo que puede ser ese estado final.

Desde los inevitables despojos que han ido teniendo lugar con el desgaste y deterioro físico, en muchas de las funciones psíquicas, en la reducción del campo social; desde esa mirada interior que va abriendo paso a partir de la mitad de la vida con un adentramiento en lo más profundo del ser; desde la integración personal que se hace ahora posible, el sujeto de la tercera edad, con una conciencia cada día más lúcida de ser para la muerte, puede conferir (y no sin dificultad) una insospechada plenitud a su vida en ese barruntar el misterio de lo esencial. El grano de trigo se pudre anunciando su muerte, pero cabe el convencimiento, la esperanza, de que la vida se abre a un horizonte misterioso, insospechado, en el que la existencia puede cobrar su más pleno y acabado sentido.

³⁶ Cf. E. LÓPEZ AZPITARTE, “Envejecer: experiencia de lo fugaz y de lo trascendente”, *Manresa* 77 (2005) 240; Cl. GEFFRÉ, “La cuestión del sentido en la tarde de la vida”: *Concilium* (2007) 787-792.

³⁷ Cf. J. W. FOWLER, “Teología y psicología en el estudio de la evolución de la fe”, *Concilium*, XVIII (1982) 416-420. Cf. También F. OSER que también describe esta etapa como una experiencia en la que no se siente ya la distancia entre Dios y el hombre en un modo de relación interpersonal caracterizada por el amor.